

LLUÍS CORNELLÀ FONT Y EL PROCESO DE ELABORACIÓN DE LA ALFARERÍA NEGRA DE LA BISBAL D'EMPORDÀ*

LLUÍS CORNELLÀ FONT AND THE PROCESS OF ELABORATION OF THE BLACK POTTERY OF LA BISBAL D'EMPORDÀ

Xavier Rocas Gutiérrez^(*)

^(*) Conservador del *Terracotta Museu de Ceràmica de la Bisbal*

RESUMEN:

Can Cornellà es, hoy en día, el único obrador cerámico de la Bisbal d'Empordà –y probablemente de toda Catalunya-, conservado con un carácter y una personalidad estrictamente preindustrial. En agosto de 2009 moría el propietario del alfar, Lluís Cornellà Font, a los 95 años, el último de la familia alfarera Bonadona-Cornellà de la Bisbal y, con él, desaparecía para siempre una manera de vivir y entender la manufactura cerámica. Esta comunicación es fruto de la serie de entrevistas que mantuvimos con nuestro protagonista a lo largo de los últimos años (más de una docena), las cuales nos han permitido ampliar conocimientos en algunos aspectos técnicos del proceso de trabajo alfarero poco referenciados, especialmente aquellos referidos a la tierra y su preparación.

PALABRAS CLAVE:

Alfarería negra, La Bisbal d'Empordà, Lluís Cornellà, proceso de elaboración.

ABSTRACT:

Can Cornellà is currently the only ceramics workshop in la Bisbal d'Empordà –and probably in all of Catalonia-, preserved with a character and personality which is strictly preindustrial. In August 2009 the owner of the workshop, Lluís Cornellà Font, died at the age of 95. He was the last remaining member of the Bonadona-Cornellà family of potters from la Bisbal and upon his death a whole way of living and understanding pottery production disappeared. This communication is the result of a series of interviews with our protagonist over a period of years (more than a dozen), which have enabled us to further our knowledge of some little referenced technical aspects of the pottery work process, especially those related to the earth and its preparation.

KEYWORDS:

Black pottery, La Bisbal d'Empordà, Lluís Cornellà, process of elaboration.

* Esta comunicación forma parte de un trabajo más extenso actualmente en preparación.

EXTRACCIÓN DE LA TIERRA, PREPARACIÓN DE LA PASTA Y AMASADO

Can Cornellà es, hoy en día, el único alfar de la Bisbal d'Empordà (y probablemente de toda Catalunya), conservado con un carácter y una personalidad estrictamente preindustrial. Un obrador que mantiene (hasta la fecha) toda su originalidad primigenia, ajeno a todo cambio, incólume a cualquier modificación.

En agosto de 2009 moría su propietario, Lluís Cornellà Font, a los 95 años, el último de la familia alfarera Bonadona-Cornellà de la Bisbal y, con el, desaparecía para siempre una manera de vivir y entender esta manufactura.

Obrero de la cerámica, alfarero hecho en las épocas difíciles de la historia de esta industria, Lluís Cornellà fue un trabajador incansable a lo largo de más de cincuenta años de dedicación al oficio. Consumado operario, reconocido por su extraordinario dominio del torno y consagrado a los secretos de la cerámica negra, mostraba, además, una enorme calidad humana presidida por un carácter afable, siempre a punto para ayudar y animar a las nuevas generaciones de ceramistas.

Una personalidad generosa que no solamente impregnó sus relaciones personales, sino que también lo predispuso a mantener una encomiable actitud de servicio a la colectividad, fruto de la cual (sin duda) fue la donación que hizo en el año 1997 al Terracotta Museu de un extraordinario conjunto de piezas y utillaje diverso (más de 1.000 objetos diferentes en total), los cuales sirvieron para proveer de contenido el conjunto de sus colecciones. Consecuente con su carácter, y de manera paralela a su generosidad, Lluís Cornellà mantuvo a lo largo de los años una serie de entrevistas con los técnicos del museo (más de una docena) que han servido para mejor conocer el oficio y perfilar algunos aspectos técnicos de su proceso de trabajo.

Esta comunicación expondrá el resultado de una parte de estas conversaciones (especialmente aquellos aspectos referidos a la extracción de la tierra, la preparación de la pasta y su amasado), y formará parte, en su momento, de un trabajo mucho más extenso actualmente en redacción (Fig. 1).

CAN BONADONA-CORNELLÀ: BREVE HISTORIA DEL ALFAR

Fue Feliu Bonadona i Mateu, originario de la villa de Quart, quien fundó la alfarería dedicada (como antes la de la familia Marcó) a la producción de cerámica negra bisbalense. Las referencias documentales sugieren que Bonadona se instalaría en la Bisbal hacia el año 1865, en el



Fig. 1. Mano y delantal de trabajo de Lluís Cornellà. Fotografía: autor desconocido. Procedencia: *Terracotta Museu Servei d'imatges*.

que fuera penúltimo edificio de la carretera nueva (actual calle Seis de Octubre) en dirección a Vulpellac i Palafrugell, con fachada posterior a la calle Nueva. Reinició, de esta manera, la obra negra local interrumpida al cerrar el alfar del último Marcó. Queda demostrado, pero, que no hubo sucesión entre los Marcó y los Bonadona, porque si bien los dos edificios se sitúan en la misma calle Nueva (Marcó tenía su alfar en el número 67), entre ellos había una distancia de cinco casas y mediaba un callejón (Rosal, 1990a, p. 44-47; Rosal, 2001, p. 32-34; Santanach & González, 2002, p. 20-21).

Un Feliu Bonadona de temperamento emprendedor, como se evidencia por la participación del alfar en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 (ACBE: Hemeroteca, *El Eco Bisbalense*, 27/05/1888, p. 1) donde destacó por su “gran especialidad en cántaros para mantener fresca el agua” (AMP: Hemeroteca, *La Nueva lucha*, 29/07/1888, p. 2) consiguiendo una Mención Honorífica (AMP: Hemeroteca, *La Nueva Lucha*, 01/12/1888, p. 2).

En el año 1898, Feliu Bonadona, sin descendencia directa, propuso a dos sobrinos que se ocupasen de dar continuidad a su alfar. Estos sobrinos eran Joan Cornellà i Bonadona, nacido en Salitja el 1883, y Paulí Bonadona i Clotas, natural de Quart. El 1898 ya se encuentran instalados en el taller, aprendiendo el oficio y viviendo en una casa vecina a la de su tío.

En el año 1907, la armonía familiar parece romperse y, después de una disputa entre los dos primos, Paulí se aparta de la gestión del obrador y abandona el negocio. Su pérdida será reemplazada (hasta el año 1920) por un alfarero originario de Verdú, Josep Josa i Trilla (Rosal, 1990a, p. 45).

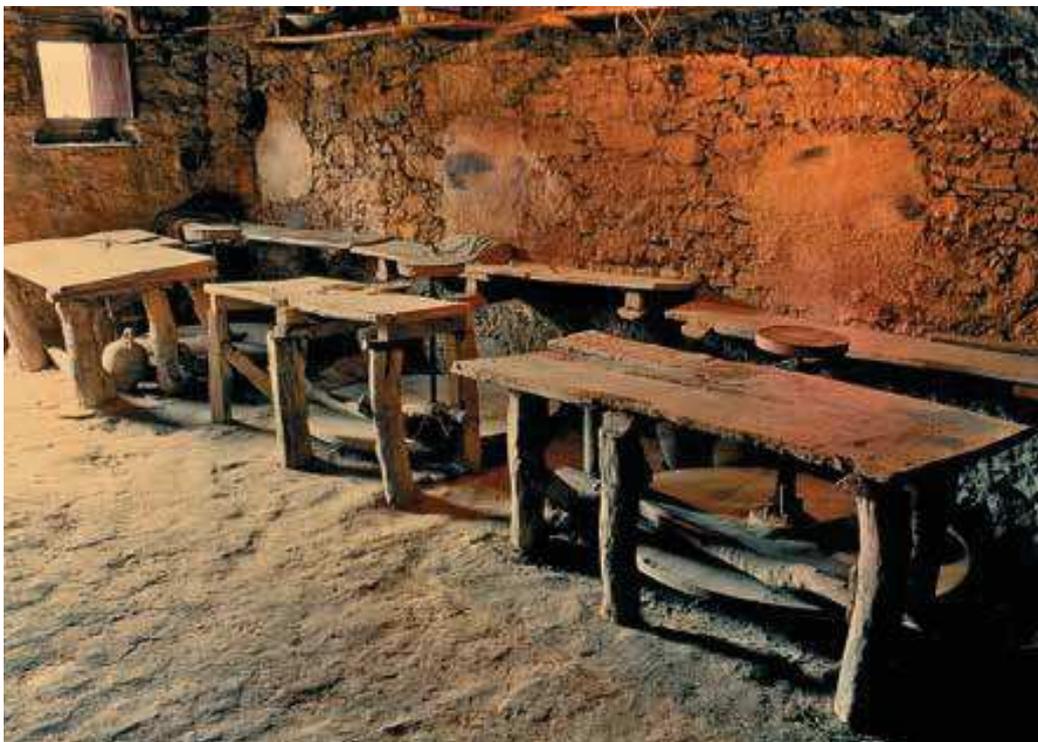
Con la muerte de Feliu Bonadona en el año 1912, Joan Cornellà hereda el alfar y le sucede en la dirección de la empresa (ACBE, Lligall 240: Matricules industrials 1870-1931). Cornellà ya aparece como fabricante de alfarería negra en una lista de talleres en activo a principios de siglo XX, con fábrica en la carretera de Vulpellac (Lloberas, 1974, p. 93, nota 2, i p. 236), y también en la relación de empresas cerámicas existentes en la Bisbal después de la Gran Guerra (Pelegrí, 1998, p. 151-152).

En 1944, el alfar de Joan Cornellà es visitado por el etnógrafo Ramon Violant i Simorra, el cual adquiere un lote de piezas y documenta su denominación, uso y precio (Violant, 1948, p. 141). Gracias a esta visita, sabemos que Joan Cornellà fue el primero del taller en marcar el asa de los botijos con el sello de la casa. No se sabe con precisión cuando se inició en esta práctica, pero los botijos adquiridos por Violant ya presentan la característica marca del alfar.

El 12 de abril de 1914 nace el único hijo de Joan Cornellà y de Francesca Font: Lluís Cornellà Font, nuestro protagonista. Lluís aprenderá el oficio de alfarero en casa, de manos de su progenitor, siguiendo el curso acostumbrado y adaptado a la tipología de piezas elaboradas en el taller, con un periodo de formación que duró cerca de tres años y que pasó por conocer y dominar la manufactura de la extensa tipología de piezas elaboradas a torno, de más sencillas a más complejas. Primero las piezas abiertas o *pisa*, más adelante, a medida que mejoró en el dominio de la rueda, las formas cerradas o *botxa*. Lluís Cornellà explicaba que su padre consideró acabado el proceso de su aprendizaje cuando consiguió elaborar un *coffi* (barreño), siendo reconocido a partir de aquel momento como alfarero (*fadrí terisser*), con todos los derechos y prerrogativas que reconocía el oficio (Figs. 2 y 3).

Joan Cornellà muere en octubre de 1950. A partir de entonces, Lluís hereda el taller familiar, trabajando de forma continuada y manteniendo el alfar en activo hasta su jubilación en 1979.

Cornellà constituye un fenómeno aparte en la tradición alfarera de la Bisbal, soltero y sin descendencia, último descendiente de una estirpe de ceramistas, siguió elaborando con los medios más primigenios la cerámica negra. Su producción, muy auténtica, era fruto de un trabajo totalmente personal. Ya retirado, aún hizo una cocción experimental el 1988 y una última el 1989. Durante las últimas hornadas no experimentales, fue ayudado por el alfarero



Figs. 2 y 3. La sala de tornos (o *botiga*) del alfar Cornellà. Encima del pavimento de tierra se disponen tres tornos de alfarero de gran antigüedad. Fotografía: Josep M. Oliveras. Procedencia: *Terracotta Museu Servei d'imatges*.

Lluís Heras Colomé, que posteriormente ha continuado con la producción de alfarería negra en el pueblo vecino de Serra de Daró.

LOS DEPÓSITOS DE ARCILLA

Una de las principales preocupaciones del obrador fue, desde siempre, el aprovisionamiento de arcilla de calidad con suficiente antelación para poder asegurar las necesidades de materia prima. A falta de depósito propio, el alfar Cornellà se procuraba el suministro de arcilla mediante el alquiler de un *dret de terra* o *dret de terrera* (concepto que puede traducirse como “derecho a arcilla” o “*derecho a barrero*”), una especie de pacto o contrato no firmado suscrito entre el propietario del depósito y el alfarero (en este caso los Cornellà), a través del cual éstos últimos se aseguraban la explotación del yacimiento y el suministro seguro y regular de tierra al alfar. A cambio de la explotación del barrero, el propietario cobraba una cantidad estipulada y pactada por ambas partes en función de cada carro de tierra entregado al obrador. Cada viaje de tierra se contabilizaba con un sistema de vales; un procedimiento ingenioso y sencillo que permitía, por un lado, conocer con facilidad el número de transportes realizados al obrador y, por el otro, a manera de documento mercantil, constataba la obligación del alfarero de pagar la cantidad de tierra librada. Del recuerdo de Lluís, cada carga de tierra útil transportada al alfar valía cinco pesetas (Fig. 4).

Las fórmulas de localización que los alfareros utilizaban para descubrir los depósitos arcillosos se basaban en la experiencia y en la observación; los Cornellà, por ejemplo, buscaban lugares donde el agua quedase estancada ya que era muy probable que debajo de las capas superficiales de tierra apareciese la apreciada arcilla.

El obrador se aprovisionaba de tierra de un depósito ubicado en la zona de *Vacamorta* (Cornellà no recordaba el nombre concreto del paraje), entre los municipios de *Cruilles* y *Corçà*. También alguna vez se había abastecido de la zona de *Rabioses* (*Mas Botó* y *La Sureda*, dentro del término de *Cruilles-Monells-Sant Sadurní de l'Heura*), y en los márgenes cercanos al molino de harina de *La Torre* (en *Corçà*) Era una arcilla idónea para la elaboración de la alfarería negra: roja, ferruginosa, de elevada plasticidad, resbaladiza y untuosa al tacto. Unas características que sumadas a la técnica de cocción reductora del obrador, facilitaban el poder reducir la porosidad de las piezas y, por consiguiente, acentuar su impermeabilidad, haciéndola muy apropiada para modelar piezas contenedoras de líquidos (Fig. 5).



Fig. 4. Vales de transporte de tierra del alfar Cornellà. Colección *Terracotta Museu*.



Fig. 5. Depósito de arcilla de can Revetlla, en el término de Cruilles. Se observan las capas desplazadas por diversas fallas. Fotografía: Carles Roqué. Procedencia: *Terracotta Museu Servei d'imatges*.

A diferencia de las producciones vidriadas, la alfarería negra solamente utilizaba arcilla roja. Si el obrador hubiese mezclado arcilla blanca con la roja las piezas una vez cocidas habrían salido mucho más grises. Y a los Cornellà les agradaba que las piezas fuesen cuanto más negras mejor, con reflejos metálicos bien marcados.

Los trabajos relacionados con la extracción de la tierra se llevaban a cabo especialmente durante el otoño y el invierno, épocas de menos actividad en el obrador, ya que las condiciones climáticas de esta época del año (frío, lluvia, helada) no permitían una actividad tan intensa como en verano. Eran los mismos operarios del alfar (Lluís recordaba que habían llegado a tener 3 personas asalariadas en época de su padre) quienes se encargaban de extraerla. Este factor era determinante para optimizar la calidad de la tierra que llegaba al obrador, ya que les permitía escoger y seleccionar directamente aquella que tuviera menos impurezas y reuniese mejores condiciones para ser trabajada. En estas condiciones, no es extraño que la explotación de un barrero durase muchos años, pudiéndose alargar su aprovechamiento durante generaciones.

Como operación previa para poder determinar y evaluar el potencial que podía ofrecer un nuevo barrero, los Cornellà realizaban una calicata (*daba* en catalán), un corte de prospección en el terreno para intentar conocer con exactitud a qué profundidad se hallaba el depósito de arcilla. Esta operación era muy importante ya que a través de ella podían establecer el coste y el volumen de trabajo que implicaba la excavación de aquel barrero; la lógica era que a más profundidad más trabajo suponía la extracción y, por lo tanto, más aumentaban los costes de explotación. Una vez confirmada la profundidad y la bondad del barrero, se procedía a eliminar de piedras y matorrales los alrededores de la prospección para, a continuación, comenzar la limpieza de las capas superficiales de tierra (la *destinya*) hasta llegar a la veta arcillosa (*bei de terra bona*).

Lluís Cornellà explicaba que la jornada de extracción comenzaba al amanecer y no acababa hasta que la oscuridad impedía ver donde se picaba. El desayuno y el almuerzo se hacían en el mismo barrero, y se comía rápido y frugal para retomar cuanto antes el trabajo.

En la Bisbal, la forma de extracción más generalizada era “en pozo”; Cornellà recuerda que éste sistema era el empleado en el obrador. Consistía en realizar un agujero en el terreno (que podía ser cuadrado o circular) el cual se iba ahondando y abriendo hasta que el depósito de arcilla quedaba agotado o se llegaba a una cierta profundidad que hacía más dificultosa la excavación (normalmente a unos cuatro o cinco metros). La técnica del



Fig. 6. Trabajadores del alfar de can Vives, en el barrero del mas Massaller o de la Estrella, en 1958. Fotografía: autor desconocido. Procedencia: *Col.lecció l'Abans. Terracotta Museu Servei d'imatges.*

pozo necesitaba de la presencia de dos o tres alfareros para poderse realizar con garantías: cuando el agujero llegaba a una cierta profundidad, más de dos metros, se realizaba un escalón para que pudiesen trabajar cómodamente dos hombres; uno arrancaba la tierra, el otro la subía con canastas hasta la superficie. Un tercero la reunía al lado del pozo (Fig. 6).

No siempre se había de realizar un pozo para encontrar la tierra deseada, ya que a veces los barreros se localizaban en laderas o en márgenes. En estos casos, el sistema de extracción consistía en realizar desmontes, rebajes horizontales que, avanzando siempre en plano y realizando sucesivos peldaños en el talud, de forma escalonada para evitar que se derrumbasen las partes más altas, podían alcanzar una profundidad de hasta 12 metros. Lógicamente, cuanto más avanzaba el desmonte, más tierra se extraía por unidad de superficie horizontal.

Las herramientas utilizadas para la excavación eran habitualmente el pico, utilizado para arrancar broza y pedreñal, romper y remover el suelo, la azada para cavar y recoger la tierra, y el capazo para acarrearla y transportarla.

Una vez extraídos los terrones de arcilla, se apilaban en el mismo barrero y se dejaban orear a la intemperie durante todo el invierno para que el agua de lluvia y la helada, ayudase a su fragmentación natural y,

de esta manera, facilitar su tratamiento posterior. Ciertamente es que, si los terrones salían muy grandes, eran desmenuzados por el alfarero en el mismo barrero.

A finales de primavera, la tierra ya estaba en condiciones para ser transportada al obrador, y era el propietario del barrero quien se ocupaba de entregarla (en aquellos casos en que el alfar estaba en el mismo barrero o en sus inmediaciones, era el mismo alfarero quien realizaba el acarreo y transporte). Lluís Cornellà no recuerda el nombre del transportista, pero sí su apodo: *en Nanas*, el cual fue el primero de la Bisbal (allá por los años cincuenta del siglo XX) en especializarse en la extracción y transporte de tierra.

No es necesario insistir demasiado en que este sistema de trabajo se identifica plenamente con un tipo de estructura de producción de tipo artesanal y familiar, marcadamente preindustrial.

LA PREPARACIÓN DE LA PASTA CERÁMICA

El proceso de elaboración tradicional de tratamiento y preparación de la pasta se realizaba en los alfares. La tierra librada directamente de barrero (aunque reposada), no era útil para ser trabajada directamente por el alfarero; era necesario iniciar una serie de tratamientos especializados para poderla convertir en arcilla apta para ser modelada.

Estos trabajos exigían a las alfarerías poder disponer de espacios exteriores amplios y soleados, adaptados a las necesidades y requerimientos de esta parte del proceso de trabajo, característica que el alfar Cornellà cumple sobradamente. Una generosidad de espacio que, sin duda, ha marcado de una manera muy visible el crecimiento urbanístico de la Bisbal (Fig. 7).

La tierra era transportada del barrero al obrador en terrones (más o menos grandes), utilizando para ello un carro pequeño de trabuc tirado por caballería (el *tombarell*), el cual iba provisto de una caja giratoria que a manera de volquete pivotaba sobre un eje horizontal (en el alfar aún se conserva uno en perfectas condiciones) (Fig. 8).

La primera operación a realizar era el secado completo de la tierra. Para ello, se extendía al sol en el patio del obrador. Se disponía la tierra en pequeños montones, o formando surcos, que se iban volviendo para que el secado fuera homogéneo; simultáneamente los trozos más grandes, se iban partiendo y triturando primero con un martillo los más compactos para después convertirlos en polvo con un mazo de madera. Aprovechando el proceso se separaban también las impurezas más grandes.

LLUÍS CORNELLÀ FONT Y... LA ALFARERÍA NEGRA DE LA BISBAL D'EMPORDÀ

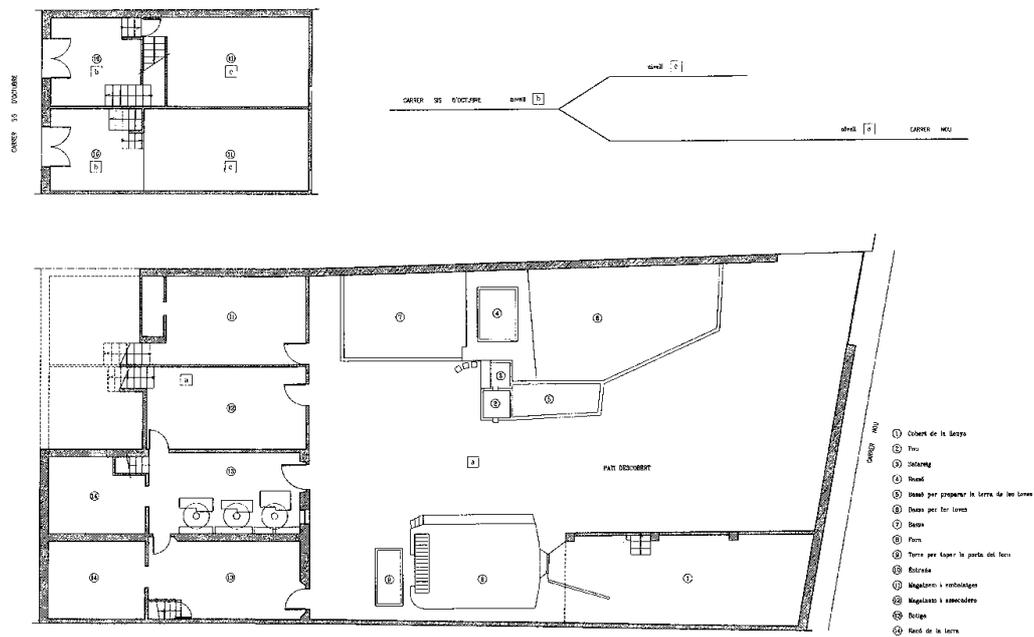


Fig. 7. Planta del alfar Cornellà. Dibujo: Joan Fita. Procedencia: *Terracotta Museu*.



Fig. 8. Detalle de la sala de almacén y embalaje del alfar Cornellà. En primer término puede verse un carro de trabuc (*tombarell*). Fotografía y procedencia: *Terracotta Museu Servei d'imatges*.

Una vez la arcilla seca y polvorizada, se mezclaba con agua para su colado dentro de una pila pequeña y profunda situada al lado mismo del pozo (el *bassó*), y se removía con un bastón para obtener una buena disolución. Cornellà recordaba haber mezclado dentro de esta pila, procediendo a agitar la mezcla con un palo o batidera de madera, hasta que se formaba un líquido con consistencia de chocolate (denominado “caldo”). En catalán, a esta operación se la denominaba *deixar la terra al llot*.

La pila de colado tenía un caño de desguace de plomo por donde se dejaba caer el caldo a una balsa de decantación (la *bassa*) de mayor tamaño y poca profundidad (unos 30 cms.), pasando previamente por un cedazo grueso que retenía las impurezas de mayor tamaño (pequeñas piedras, arena, elementos vegetales...). El obrador tenía dos balsas de decantación diferentes, una utilizada para la obra de construcción, la otra para la alfarería. Para la obra de construcción la mezcla ya era buena y directamente se dejaba precipitar a la balsa correspondiente donde se dejaba asentar y orear (dejar que el sol evapore el agua hasta que la superficie de la pasta se agriete); al cabo de unos días (dependiendo de la estación del año podían ser varias semanas) ya se podía utilizar (Figs. 9 y 10).

Para la alfarería, el proceso de colado era más complejo. La mezcla, espesa y homogénea, sin grumos, se vaciaba de la pila de colado y se volvía a colar con un cedazo más fino (montado sobre unas guías que facilitaban el zarandeo manual) el cual retenía aquellas impurezas que aún conservaba la tierra. La operación necesitaba de un movimiento continuo para obtener la mejor fluidez en el transvase. Del cedazo, la mezcla completamente limpia caía a la balsa de decantación (previamente se había colocado ceniza o arena fina encima del pavimento para evitar que la arcilla se pegase a él), donde la arcilla disuelta se dejaba orear (*assolar*, en catalán) para que la acción del sol facilitase la evaporación del agua sobrante y así poder obtener la arcilla apta para ser trabajada. Una vez el caldo en la balsa, se le dejaba asentar unas cuantas horas hasta que la arcilla se sedimentaba en el fondo quedando una capa de agua superficial. Esta agua se eliminaba mediante un cazo con mango, que los Cornellà habían fabricado a partir de una olla vieja anudada rudimentariamente a un palo.

Este procedimiento ocupaba bastantes días y su eficacia dependía de la benignidad de los agentes atmosféricos. Insolación y viento eran los factores atmosféricos primordiales en la rapidez de este proceso, y representaban un aliado o un adversario dependiendo de las circunstancias. Si acaecían días de sol y tramontana, la evaporación del agua de las balsas era más rápida y constante; en cambio, si se sucedían días de poca insolación, de lluvia, o de viento húmedo, la evaporación del agua era lenta y se podía

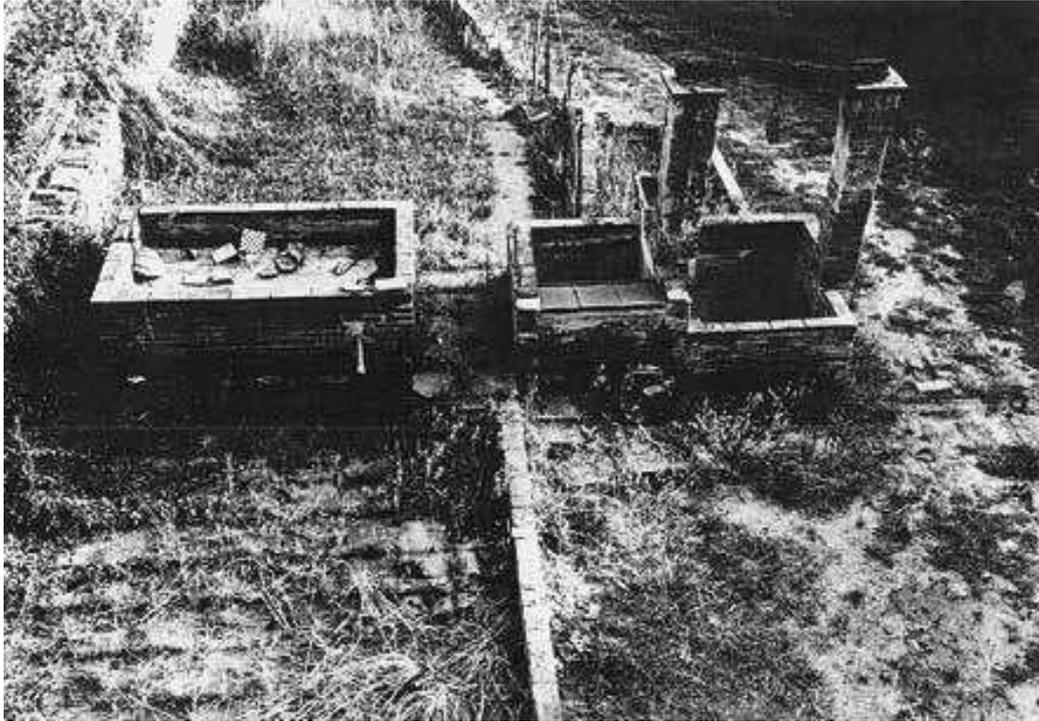


Fig. 9. Pozo y balsas de decantación del alfar Cornellà. Fotografía: Pere M. Noguera. Procedencia: *Terracotta Museu Servei d'imatges*.



Fig. 10. Tierra ya colada y tratada. Ladrillería Llena (Corçà). Fotografía: Albert Llenas. Procedencia: *Terracotta Museu Servei d'imatges*.

alargar durante muchas semanas. Entonces, el alfarero corría el riesgo de agotar sus stocks de tierra y, frente a la falta de materia prima, verse obligado a suspender la producción o a reducirla drásticamente.

Lluís recordaba que su padre mencionaba dos episodios de fuertes aguaceros a principios del siglo XX, los cuales habían obligado a cerrar temporalmente el obrador, un recuerdo que viene confirmado por la documentación que destaca, justamente, dos grandes crisis por lluvia durante los años 1901 y 1902: “Continúa la crisis alfarera... con motivo de las pasadas lluvias en muchas fábricas no pudieron hacer los acopios de arcilla necesarios para el invierno, serán muchos los que se quedarán sin trabajo en esta larga temporada.” (AMP. Hemeroteca: *La Crónica*, 31/10/1901); “La industria alfarera atraviesa, con motivo de las persistentes lluvias, un período crítico y difícil, ya que los patronos se ven imposibilitados de poder fabricar siendo muchos los jornales que se pierden; pues los operarios se hallan sin ocupación, á cuyas familias precisa vivir con la natural economía, por lo que se resiente la población en general.” (AMP. Hemeroteca: *La Crónica*, 11/12/1902).

Esta dependencia de los factores atmosféricos motivó que tradicionalmente las manufacturas de alfarería y ladrillería se concentrasen en los periodos de más bonanza climatológica. Obviamente, la mejor época para realizar las operaciones vinculadas a la preparación de la pasta (y secado de piezas) era el período de primavera-verano y el peor el que comprendía las estaciones de otoño-invierno, periodo en que estos procesos se podían alargar, si el tiempo no acompañaba, muchas semanas: “...Es hecho cierto de que los operarios alfareros durante la mayor parte de los días de invierno no pueden, á pesar de su voluntad, dedicarse al trabajo por los inconvenientes que dicha época del año trae aparejados para dicha industria...” (AMP. Hemeroteca: *El Distrito*, 06/08/1899). Durante el otoño y especialmente el invierno, los alfareros y ladrilleros se dedicaban sobretodo a la extracción de tierras y a la provisión de leña. Lluís Cornellà confirmaba este punto, al mencionar que el acopio de leña era una salida común para poder ocupar algunos meses del año, durante los cuales el trabajo de modelar obra era, como mínimo, poco seguro: “...Quisiéramos [a los alfareros] verles trabajar todo el año, adelantando obra en los tiempos buenos, haciendo acopios de tierras y combustible en verano para poder vender en invierno...” (ACBE. Hemeroteca: *El Eco Bisbalense*, 16/03/1890).

Después de varias semanas de evaporación (y al dictamen de la climatología), la mezcla de arcilla y agua finalmente llegaba al punto justo de humedad para poder ser retirada. Este momento se distinguía porque algunas partes de la arcilla decantada comenzaban a secarse y a cambiar de color



Fig. 11. Alfarería Maruny. Vista general del patio exterior. Se observa como la tierra del interior de las balsas de decantación presenta el característico rallado. Fotografía: Pere M. Noguera. Procedencia: *Terracotta Museu Servei d'imatges*.

marrón a uno más amarillento (*rossejar* en catalán). Seguidamente, el alfarero cortaba la arcilla en bloques o panes (*pans de terra*) con una hoz o un cuchillo largo, los retiraba de la balsa y los guardaba en el cuarto del barro (*racó de la terra*), una habitación destinada a conservar los panes en el grado justo de humedad durante casi un año. Lluís aún recordaba haber preparado la pasta con éste sistema.

Para acelerar el proceso, el alfar adoptó (en un momento indeterminado de finales de la década de los años treinta del siglo XX) el sistema de rallado. Consistía en seccionar la superficie de la mezcla con una caña muy larga marcando una cuadrícula. La acción del sol contraía y segaba la mezcla de la balsa siguiendo los bloques marcados. Al cabo de unos días, cada unidad de la cuadrícula se recortaba y giraba para facilitar el secado de su reverso (Fig. 11). Una vez seca esta parte inferior, ya se podía dar por acabado el proceso; seguidamente, Lluís retiraba los bloques de la balsa y los guardaba en el cuarto del barro. A partir de aquí, la arcilla ya reunía todas las condiciones para su óptima utilización.

Dentro del cuarto del barro, los panes se apilaban y recubrían de sacas mojadas que los Cornellà vigilaban de volverlas a humedecer de vez en cuando, para que no se secasen demasiado y asegurar su buena conservación.

EL AMASADO

Para poder modelar la arcilla, justo antes de disponerla en el torno, era necesario “amasarla”. Es ésta una fase fundamental del proceso; en ella se da a la pasta la homogeneidad, plasticidad y grado de humedad precisa para poder ser torneada.

La operación de amasado o sobado del barro se realizaba encima de la mesa de sobar (Lluís aprovechaba siempre la mesa de uno de los tornos ociosos). Pastaba a mano, con vigor pero a la vez de manera delicada, siguiendo un proceso sistematizado. Primero estiraba y cortaba el pan de arcilla a fragmentos pequeños, para seguidamente volverlos a hermanar con golpes fuertes y secos. Esta operación la realizaba varias veces. Cuando creía haber llegado al momento óptimo de textura, Cornellà extendía el barro sobre la mesa, empujándolo con la palma de la mano y, colocando una mano sobre la otra para hacer más fuerza, hacía una especie de plancha en forma de butifarra.

El segundo movimiento consistía en recorrer la plancha extendida en sentido inverso, y aplanarla en dos direcciones, de arriba abajo y de derecha a izquierda eliminando de esta manera las posibles burbujas de aire. Cuando consideraba que la plancha estaba convenientemente sobada, procedía a hacer porciones; cortaba una parte y, con un movimiento rotatorio conformaba un volumen cilíndrico que, una vez aplanado y retirado el excedente de arcilla, se convertía en la “bola” (o *pastó* en catalán), la porción de arcilla amasada lista para ser torneada (Figs. 12 a 19).

Lluís Cornellà, con su sola experiencia, calibraba y calculaba a ojo (según las necesidades), el tamaño de cada bola en relación a la cantidad de arcilla que requería para poder realizar la pieza que quería modelar, de tal forma que de cada una obtuviera exactamente una pieza y éstas fueran todas de idéntico tamaño. Tanta arcilla daba para tantas bolas, de medida diferente según la pieza a modelar.

Figs. 12 a 19. Lluís Cornellà realizando la operación de amasado o sobado de la arcilla. Fotografía: Pere M. Noguera. Procedencia: *Terracotta Museu, Servei d'imatges*.



Fig. 12. La arcilla se deposita sobre la mesa de sobar.



Fig. 13. Se hermana con golpes fuertes y secos.



Fig. 14. Se extiende sobre la mesa para formar la plancha.

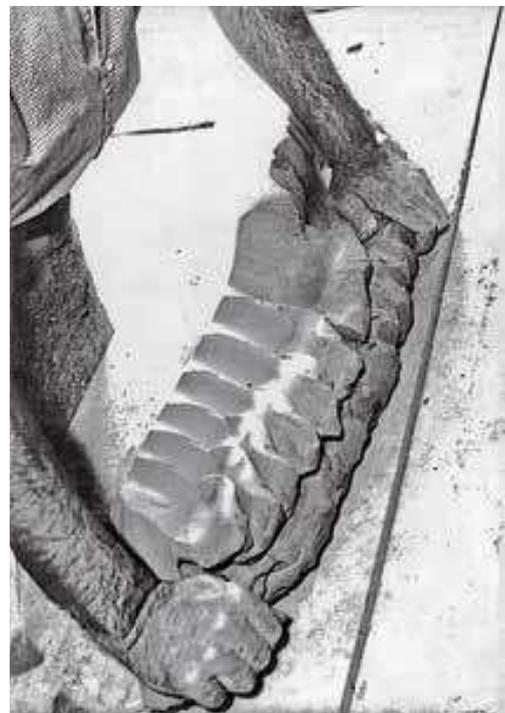


Fig. 15. Se soba la plancha de arriba abajo.



Fig. 16. Se soba la plancha de izquierda a derecha.



Fig. 17. Se corta la plancha ya amasada.



Fig. 18. Se conforman las bolas (todas de idéntico tamaño).



Fig. 19. Se depositan las bolas en la mesa del torno.

BIBLIOGRAFIA

- BOVER, Andreu, CASADEMONT, Lola (1994). *La terrissa: el procés*, Patronat de Terracota – Museu de Ceràmica de la Bisbal, La Bisbal.
- CASADEMONT, Lola (1991). “Lluís Cornellà: anàlisi d'un procés de fer negre”, *Miscel·lània Premis Pere Lloberas 1989 i 1990*, La Bisbal, p. 74-97.
- LLOBERAS, Pere (1974). *La Bisbal, anys enrera 1900-1939*, Barcelona.
- NOGUERA, Pere (1978). *Terrissa de la Bisbal: l'argila com a matèria, el procés d'elaboració com a pràctica*, La Bisbal.
- PELEGRÍ, Joan (1988), *La repercussió de la Gran Guerra en la comarca del Baix Empordà*, L'Estoig, Revista del Museu del Suro de Palafrugell, 5, Palafrugell.
- ROCAS, Xavier (2012). “El alfar Bonadona-Cornellà de la Bisbal y la necesidad de su protección y salvaguarda”. *Actas del II Congreso de la Asociación Española de Ciudades de la Cerámica: Patrimonio cerámico: herencia y futuro*, La Rambla, 28 i 29 de setembre de 2012.
- ROSAL, Joan (1990a). “L'obra negra de la Bisbal. 1ª part”, *Butlletí Informatiu de Ceràmica*, 46, p. 44-47.
- ROSAL, Joan (1990b). “L'obra negra de la Bisbal. 2ª part”, *Butlletí Informatiu de Ceràmica*, 47, p. 43-49.
- ROSAL, Joan (2001). “Els Marcó de la Bisbal d'Empordà: un obrador de terrissa negra anterior al de Bonadona-Cornellà”, *Butlletí Informatiu de Ceràmica*, 72, p. 26-36.
- SÀEZ, Marià (2009). *La Terrissa Negra*, Quaderns de la Revista de Girona, 142.
- SANTANACH, Joan & GONZÁLEZ, Elvira (2002). “L'exportació de terrissa catalana a Mallorca segons la col·lecció Llabrés i Mulet. 4ª part”, *Butlletí Informatiu de Ceràmica*, 75-76, p. 12-39.
- SEMPERE, Emili (1985). *La terrissa catalana. (Tipologia i terminologia)*, Barcelona.
- VIOLANT i SIMORRA, Ramon (1948). *Art popular decoratiu a Catalunya*, Barcelona, p. 141.

Archivos consultados y abreviaciones:

- ACBE: Arxiu Comarcal del Baix Empordà
AMGi: Arxiu Municipal de Girona
AMP: Arxiu Municipal de Palafrugell
TM: Terracotta Museu

* La transcripció de las fuentes documentales utilizadas para ilustrar algunos aspectos de este trabajo respetan la ortografía y los giros lingüísticos del original.